



lucion, ó sea la lucha entre las dos iglesias. El pueblo había pedido condiciones al rey, y engañado, recurrió á la extrema razon; ya vencedor, vió satisfechos sus deseos; pero en el conflicto fueron olvidados los intereses de la libertad, el ejército trató de aprovecharse de la victoria, y no habituado á las costumbres civiles, quiso continuar en el mando y en la lucha. Aparecieron luego los independientes, pocos en número, pero fuertes por su habilidad y entusiasmo, y contrarios á los presbiterianos, y Cromwell mudó la faz de la cuestion, reduciéndola á un debate entre la Cámara y el ejército. Este, pues, promovió alboroto, pidió sueldos y garantías antes de disolverse, y estableció el *Consejo de los agitadores*, especie de Parlamento militar, en que los oficiales superiores constituían la alta Cámara, y la baja dos sargentos y dos soldados por compañía.

La revolucion comenzaba entónces verdaderamente; pero no luchando dos iglesias protestantes, extrañas á la política, sino el ejército con el Parlamento, y dejando á un lado toda apariencia de legalidad. Muy poco tiempo había pasado cuando ya los soldados impusieron la ley al Parlamento; expidieron al rey la orden de presentarse, y lo tuvieron con alguna más libertad en Newmarket, dándole palabras y esperanzas por temor de que se entregase á los presbiterianos, que hubieran preferido su restablecimiento al despotismo militar. De una muchedumbre armada y tumultuosa no podia esperarse la calma y la paciencia que de un Consejo de ministros, y muy pronto aquella arrastró tambien á Cromwell, que, sin embargo, queria seguir negociando la paz y que sabia que se le acusaba de traidor. El ejército diseminado é inactivo, era excitado por predicadores fanáticos, llenos de aquellos pensamientos insensatos y desacordes que producen la anarquía; de todas partes exageradas ideas revolucionarias amenazaban destruir aquella reforma, por la cual se habian levantado; y se pedia no sólo la abolicion de la monarquía y de la nobleza, sino la igualdad de bienes y del poder, y la sociedad cristiana de los elegidos en la tierra (*Niveladores*). Cromwell, como todo jefe de partido, refrenaba estos excesos, y amedren-

tó á los alborotadores mientras que se conquistaba el aprecio de la muchedumbre con su odio á la monarquía. No era ya, pues, tiempo de moderacion; los generales, volviendo á su puesto, se vieron obligados á aceptar una libertad más lata, y á sublevarse en favor de la república.

Cromwell con los independientes marchó sobre Londres, y entró en la ciudad con el pretexto de corregir los desórdenes y de proteger los privilegios violados; fingió escuchar las proposiciones del rey, y le facilitó la fuga á la isla de Wight, cuyo gobernador, que era hechura suya, le retuvo prisionero. «Ahora que tengo al rey en mi mano, tengo al Parlamento en el bolsillo,» dijo Cromwell, y no conviniéndole ya que se proclamase la igualdad ni la comunidad de bienes y del poder, empleó tambien los suplicios contra los niveladores, que sacaban las consecuencias de sus principios. Después, como no podia caminar con el rey hácia la libertad de conciencia, resolvió alcanzarla con el ejército, esto es, con la república. Así es que con el poder de quien sabe mantenerse unido entre los divididos, obligó al Parlamento á que decretase que quedaba rota toda comunicacion con el rey, lo cual equivalía á deponearle.

El pueblo, que esperaba obtener algun alivio de la paz, se conmovió al ver desvanecida su esperanza; la compasion granjeó amigos al rey, y la marina se declaró por él, así como los escoceses arrepentidos; pero Cromwell desbarató á los realistas, y entrando en Escocia, separó del gobierno á todos los moderados. Su triunfo no dejó subsistente más que un sólo poder, que era el de la espada vencedora: se predicaba como doctrina nueva la soberanía del pueblo, que da y quita la autoridad al que mejor le parece, y de aquí el que se declarase á Carlos incapaz de reinar, y que se le juzgase como reo de las desgracias públicas.

Antes de confirmar aquel juicio, la posteridad debe apreciar sus circunstancias. Cada una de las facciones pretendia entónces, como siempre, tener ella sola la razon: decidirse por la una era enemistarse con las otras; proclamar la libertad religiosa, era ofenderlas á to-



das. ¿Qué no intentó Carlos I desde que subió á un trono vacilante?

Dirigió el ardor de sus súbditos á empresas exteriores, pero le fallaron; se encerró entonces en la economia y en la paz, pero su silencio forzado hizo popular al Parlamento; en fin, la revolucion de Escocia y el ardor de los prebiterianos hicieron imposible la calma, y necesitó rechazar con las armas la pretension de reforma universal. Carlos asustado cometió nuevas debilidades, abandonando siete amigos suyos al castigo, despues de lo cual el Parlamento declaró, que habiendo cedido tanto el rey, debia hacerse la paz. Pero Cromwell, que no sabia detenerse, mandó arrestar al rey y envió el ejército á Londres; cincuenta y dos prebiterianos del Parlamento fueron presos, y otros excluidos, quedando solo los Independientes, que decretaron el proceso del monarca. Los lores anulaban aquel bill, pero los comunes declararon ser ellos los representantes del pueblo inglés, y que por tanto estaban investidos de la autoridad suprema; que todas sus deliberaciones tenian fuerza de ley, sin necesidad de que los pares ni los reyes las autorizasen; Fairfax se declaró abiertamente contra este atentado, y Cromwell declaró «no tener opinion bien determinada, pero que se sometia á la providencia de Dios, que parecia haber encargado á los miembros del Parlamento esta alta é importante mision.»

En el país del jurado, el rey sólo fué privado de esta garantía, sometiéndosele á una comision especial, en la que Cromwell y Sveton, su yerno, nuevos Samueles y Gedeones, juzgaron al gran Barrabás. Y Cromwell, que proclamaba la soberanía de la inspiracion y de la palabra, decia que, si alguno hubiese propuesto con designio premeditado la acusacion del rey, él le hubiera tenido por traidor; pero que la Providencia misma les habia inspirado, y que rogaba á Dios que bendijese sus determinaciones. «Hace poco, añadia, cuando me disponia á pedir que el rey fuese puesto en libertad, sentí que la lengua se me pegaba al paladar, en lo que conocí la voluntad del cielo que le ha repudiado.»

Carlos, afligidísimo ya por no verse tratado

como rey, no creia, sin embargo, que llegasen hasta juzgarle, suponiendo que querian solamente atemorizarle, y en que todo caso la Escocia tomara parte y le defenderian los reyes. Pero el de Dinamarca, primo suyo, calló; España se hallaba en correspondencia amistosa con el Parlamento. Francia dió algunos pasos, pero sin insistencia; los escoceses protestaron, y los Estados generales expidieron una embajada, que no dió resultado. Carlos, ante sus jueces, exclamó: «Aquí no veo cámara de pares, y yo mismo formo parte del Parlamento;» y nada quiso responder. Cromwell firmó el decreto de muerte, sacudiendo despues con aire de broma la pluma al rostro de Enrique Martyn, que á su vez le volvió la chanza; despues con bufonadas y hasta tomando á algunos de la mano, hizo que la firmasen hasta cincuenta y nueve. Carlos al salir, dijo oyendo las exclamaciones de los soldados comprados: «¡Miserables! Por un poco de dinero harian otro tanto con sus jefes.» Uno le escupió en la cara, y él dijo: «Otro tanto sufrió el Salvador del mundo.»

La sentencia causó gran sentimiento: se procuró evitarla con la legalidad de los presbiterianos y con el sacrificio de algunos lores consejeros del rey, que se declararon reos de los actos que á él se le imputaban, pero los inspirados no prestaban oido á la razon; los realistas eran mal guiados, y se persuadieron de que aquellos sucesos no pasarían más adelante. La sentencia decia que «Carlos Estuardo, al ser hecho rey de Inglaterra, habia recibido en depósito la autoridad limitada; que despues habia hecho la guerra al pueblo y á sus representantes por extender la prerogativa real, por lo que era declarado tirano, asesino y enemigo del pueblo.» Nada de esto era verdad. El no fué *hecho*, sino que nació rey; la monarquía no le fué dada en depósito, pues que la tuvo por su nacimiento; no era limitada sino por la fuerza; y cuando ésta fué mayor en el pueblo, el pueblo quiso que muriese en expiacion de aquel pleno poder, del cual se habia constituido único responsable. Es cierto que él habia violado las leyes del reino con engaños y actos opresivos, usurpado las funciones de los legisladores, elevado los impuestos



á su arbitrio, dificultado la libertad de los debates, ultrajado el derecho de peticion, hecho arrestos arbitrarios, y dado demasiadas pruebas de que no se podia fiar en su palabra, y los mismos que le defendian habian proferido antes aquella insulsa frase de «mal rey, pero hombre honrado.» Su suplicio, sin embargo, de nada sirvió á la causa de la libertad; tanto más cuanto que si mereció la muerte por las

intrigas con que procuró mantener el absolutismo que tan funestamente le trasmitieron sus antecesores, la sufrió valerosamente. Fué universal la compasion, y mucho más despues que apareció un libro, que se decia escrito por él miéntras estuvo en la prision. Cromwell quiso ver el cadáver, encerrado ya en la caja, y «Cuerpo bien formado, exclamó, y que prometa vivir algun tiempo.»

CAPITULO X.

República inglesa.

No se trató ya entonces de enmendar los desórdenes, sino de destruir el gobierno; la cámara de los Pares fué abolida, y la insolencia de la victoria escribió en el palacio de Whitehall: *Se alquila*. Hugo Peters, capellan de Fairfax, predicando á los restos de las dos Cámaras, decia á los generales: «Como Moisés, vosotros sois los elegidos para sacar al pueblo de la esclavitud de Egipto. ¿En qué forma se cumplirá este designio? Esto no me ha sido revelado todavía.» Entonces apoyaba la cabeza entre las manos, inclinándose sobre la almohada que tenia delante, y alzándose con presteza: «Hé aquí la revelacion; escuchad. Este ejército destrozará la monarquía, no sólo de aquí, sino la de Francia y la de todos los otros reinos que nos rodean: por este medio os libraréis del Egipto.» Y habiéndose declarado que «el oficio de rey era inútil, oneroso y peligroso para la libertad, la seguridad y el bien del pueblo, y que en consecuencia habia concluido,» se proclamó la república, y se grabó un sello con la inscripcion: «Año I de la libertad restaurada por la bendicion de Dios, 1649» (estilo antiguo); en el «Padre nuestro» se instituyó «Venga á nos la tu república;» se proscribió á la familia real, declarando reo de alta traicion al que reconociese por rey á «Cárlos Estuardo,» llamado «el principe de Gales,» y fueron condenados á muerte algunos de los principales realistas. Pedíase tambien libertad de conciencia, que las leyes se dictáran en la lengua nacional, la

igualdad Para todos, el pronto juicio de los acusados, la exclusion en la fuerza de los negocios civiles, y algunos se adelantaban hasta querer absoluta la individualidad, cesando toda comunidad.

Cromwell se opuso á estas doctrinas antisociales, constituyendo una república posible: hombre de una ambicion desmedida, de devocion insensata, concitada por la asidua lectura de la Biblia, caminaba á la aventura; pero sabia sacar partido continuamente de aquello que le favorecia; y afectando humildad en la victoria y abnegacion en el despotismo, despues de haber guiado la revolucion en la resistencia, la gobernaba tambien en la victoria y en el restablecimiento del orden, sujetando á los presbiterianos y católicos por una parte, y á los niveladores por otra. Proclamó la libertad de imprenta y de tribuna, pero eran reprimidas cuando no servian á sus miras, y arrestados y tambien muertos aquellos que invocaban los derechos que habian servido de pretexto para sublevar al pueblo: el ejército que los reclamaba, y los niveladores, lógicos inflexibles que querian que los asegurase, recurrieron á las armas; pero Cromwell los atacó de improviso, prendió á cuatrocientos, y condujo al suplicio á los más arrogantes.

Continuaba en tanto la guerra contra los católicos irlandeses con el mayor furor, y Cromwell habia pensado exterminar la poblacion indígena para sustituirla con otra inglesa; único me-